



ABISMOS

El Gobierno ha entrado en una fase terminal de pánico y caos a la que trata de dar dimensiones nacionales

«**E**S el año de Hidalgo. Pendejo el que no robe algo». Así se saludaba en México, durante los casi sesenta años que duró la «dictadura perfecta» del PRI —Vargas Llosa *dixit*—, la fase última de cada sexenio presidencial. Tales períodos, comprendidos entre el «destape» del candidato oficial y las elecciones, se caracterizaban por la anomia de la Administración federal. Desconcertados por la diarquía que imponían la permanencia del presidente y el ascenso del candidato, que traía su propio programa aún no explícito (pero con seguridad muy distinto al del mandatario saliente), todos y cada uno de los cargos políticos, desde los Secretarios hasta el último de sus asesores, se dedicaban a rascar en su provecho personal su particularizada parcela de poder. Hablamos de un sistema de partido único y de corrupción capilar que se extendía desde el Palacio Nacional hasta las ventanillas de los negociados, lo que por fortuna no es nuestro caso. Pero, con todo, hay ciertas semejanzas entre aquellos crepúsculos priístas y el ocaso del zapaterismo que no podemos pasar por alto.

El primero y más llamativo de tales rasgos co-

munes consiste en el pánico de los administradores, perfectamente distinguible del miedo de los administrados. El pánico del gobernante responde a causas diversas, pero su ingrediente principal es la angustia privada ante lo azaroso del futuro propio. Octavio Paz comparaba el itinerario político de los presidentes mexicanos a la ascensión de las víctimas de los sacrificios aztecas al altar situado en la cúspide de la pirámide. Al llegar a lo más alto, adquiría condición divina y el pueblo entero lo adoraba, prosternándose ante él. Acto seguido, el sacerdote le abría el pecho con un cuchillo de obsidiana y le arrancaba el corazón. Análogamente, la gloria del poder absoluto iba seguida, en el sistema político surgido de la institucionalización de la Revolución mexicana, por la muerte simbólica del todopoderoso presidente, muerte que sólo en un caso fue real, lenta y prolongada, por un tumor cerebral, y que en los otros osciló entre el olvido, la reprobación moral, la persecución judicial y el destierro.

El zapaterismo es un régimen que se inauguró, calcando las técnicas inmolatorias del PRI, con el linchamiento parlamentario de Aznar y termina con un simulacro de armonía interna del Gobierno desmentido en la práctica por la caótica fragmentación del poder, haciendo y diciendo cada ministro lo que le viene en gana, y siendo el candidato oficial del PSOE a las elecciones de noviembre el último en enterarse de lo que se cuece en los consejos de los viernes, como implícitamente reconocía esta semana Pérez Rubalcaba. En semejante situación es normal que Rodríguez entre en pánico. Sus confidencias todavía estivales a Fernández Toxo y Cándido Méndez, acerca de su visión premonitoria de un abismo a mediados del otoño, se refiere, bajo la metáfora de la economía, a su propio y, para su desgracia, bastante previsible destino. Se ha lucido, entrando al quite, Felipe González, al recoger la imagen del abismo y socializar el pánico, que es lo suyo. Pero se equivoca. Nuestro abismo, el de los españoles, no es el de Rodríguez. Nuestro abismo es Rodríguez. O, si se prefiere, Rodríguez es el Abismo.